

LA JUVENTUD



PUBLICACION SEMANAL

Organo de las escuelas gratuitas para obreros de la Congregación

Año II.

Dirección y Tipografía Privada: Congregación Mariana-Gandía.

Núm. 44

LA DESMORALIZACION DE LA NIÑEZ

Un escritor, humorístico pero profundo, y conocedor como pocos de la sociedad en que vivía, escribió las siguientes observaciones sobre la precoz corrupción de los niños.

«Por lo que observo, se llega en estos tiempos á tener veinte años mucho antes que á tener diez y seis.

O de otra manera: apenas hay niños.

Parece que la inocencia no quiere detenerse mucho tiempo sobre la tierra, y nos vuelve la espalda antes de que hayamos podido sustituirla por la razón.

Es curioso como empezamos á ser hombres antes de haber dejado de ser niños.

Hay flores tan fugitivas, que mueren casi al mismo tiempo que nacen; como si la pena de haber nacido les causara la muerte.

Esta civilización, que es la muerte de la poesía, de las artes, de los sentimientos, es también la viruela de la inocencia.

Niños os encontraréis en las casas de juego.

Niñas en las casas de...

Pequeños hombres y pequeñas mujeres que los vicios recogen, porque la sociedad los tiene abandonados.

¿Por qué tanto cuidado para que el niño no lleve á su boca un alimento demasiado fuerte para la delicadeza de su estómago, y tanto abandono para

dejarle llenar su entendimiento con los brebajes de tanto libro envenenado? Lo preservamos de la humedad, del sol, del aire, del calor del frío.

Cualquiera cosa de éstas puede alterar su salud, debilitar su constitución, quebrar el frágil barro de su vida. Pero un libro malo, un maestro corruptor, un amigo pervertido, son cosas que apenas nos llaman la atención.

Estoy seguro que ninguna madre llevará su hija á casa de un enfermo, cuya tos pueda despertar la sospecha de que está tísico. Pero, no dudéis que esa misma madre llevará á esa misma niña á todos los teatros, á todos los bailes, á todos los salones.

Da verdadera tristeza ver esos hombres de diez años, que jaegan, que fuman, que blasfeman. Esas niñas que apenas han cumplido nueve años, y ya han adquirido todos los secretos de la coquetería y de la vanidad.

La naturaleza se venga de esta violación de sus leyes.

Por eso veinos usureros de veinticinco años.

Decrépitos que no han cumplido todavía treinta.

Libertinos que no pasan de quince.

Almas heladas en medio de la primavera de la vida.

La juventud que viene detrás de nosotros presenta una terrible precocidad. ¡Adquiere todos los vicios de la vejez y no conserva ninguna de las virtudes de la juventud!

¡Qué razonables son todas

sus locuras!

¡Con qué formalidad se corrompe!

¡Qué dignamente se envilece!

¡Qué bien se pierde!

¡No podemos negar que es hija de su madre!

Es posible que sea una generación ilustrada, pero es imposible que sea una generación buena.»

Tales son las reflexiones que inspiraba al malogrado Selgas, la creciente depravación de «esos puñados de tierra llenos de vida» como él los llamaba.

Y estas mismas reflexiones se harán cuando se percaten de la atmósfera en que están envueltos.

Esta atmósfera corrompida, fétida, que se respira en todas partes; pero principalmente en las ciudades.

PUEBLO DE SANTIAGO

POR UN CLAVO NADA MAS

«Por falta de un clavo se pierde á veces una herradura; por falta de la herradura se pierde el jinete, á quien alcanza el enemigo y lo mata; todo por no haber parado la atención en la falta del clavo.

Ahora, suponed que ese jinete es un gran general y que sucumbe en lo más recio de una batalla, en la cual se decidía la suerte de una nación, y con la muerte del general viene

el desorden, el pánico y se pierde la batalla. Tendremos entonces lo que parece una exageración ó sea que por un clavo se perdió una nación.»

Así sucede á muchos cristianos, que desprecian las faltas ligeras, no hacen caso de pecados veniales, abandonan las prácticas de piedad tan insignificantes al parecer y, sin darse cuenta van de tumbo en tumbo, de un pecado leve á otro grave, de uno á muchos, después á la corrupción de costumbres, de allí á la impenitencia y, por fin, al infierno.

!Cuántos habrá en aquellos tormentos eternos sencillamente por haber abandonado la devoción de rezar una Ave María diariamente á la Sma. Virgen, ó por haber cedido á una mirada que parecía nada más un poco libre, ó por juntarse con un amigo borrado, sólo que era un poco indiferente en Religión, etc.; nada por un clavo... perdieron el Reino de los cielos.

B. P.

UN CASO DE OBSCURANTISMO

¡Qué sanos y confortables son los aires de afuera!

Los que hoy soplan en nuestra redacción provienen de una nación sud-Americana, la única que en memoria del inmortal Colón se enorgullece llevando su nombre. Como comprenderá el lector *hago* alusión á Colombia.

Los habitantes de allá, que, por lo que se verá, deben vestir aún taparrabos y adornar su cabeza con plumas de gallina, acaban de dictar, por medio de su Gobierno, una ley verdaderamente inquisitorial y que prueba á todas luces que los colombianos, en cuanto á civilización, están *peces*.

No nos extraña. Los pueblos que permanecen atados al odioso carro de la reacción, que diría el burgués Melquíades, jamás pasarán de la categoría de hotentotes. La historia lo dice y ella es á juicio de Cicerón «luz de la verdad» y «maestra de la vida».

He aquí la ley «en cuestión»

y que lriendo á la c nsideración de los lectores:

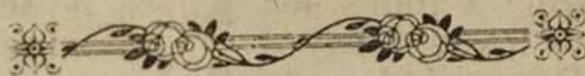
El gobierno nacional de la República de Colombia ha firmado un contrato con los superiores de la Compañía de Jesús, en dicho país, por el cual les confiere el poder de abrir los colegios y dar los grados académicos por un período de diez y ocho años. Los laboratorios de Química y Física serán exentos de impuesto, en caso de guerra los edificios no serán ocupados para alojar tropas, la elección para los libros de texto y la dirección de casas quedan confiadas á los Padres, y éstos recibirán una subvención anual de tres á cuatro mil pesos oro. Por su parte los Jesuitas se comprometen á educar gratuitamente á 500 estudiantes en todos los ramos de la enseñanza secundaria.

¡Cielos! ¿Pero esto en el siglo XX? ¿En el siglo de la civilización y del progreso?

Si, señor, y aún más: «El contrato fué discutido punto por punto por el Congreso y ratificado sin modificación.»

Lo dicho. Los habitantes de Colombia continúan en estado salvaje.

SERVIO



PLEGARIA

María, cuyo nombre
Como conjuro santo
Ahuyenta con espanto
La s ña de Luzbel,
Escríbeme en el pecho
Tu nombre omnipotente
Porque jamás intente
Aposentarse en él.

María, soberana
De cuanto el orbe encierra,
Rocío de la tierra,
¡Oh Virgen de la Paz!
Tu nombre misterioso
Será el fanal tranquilo
Que alumbrará el asilo
De mi terreno nogar.

María, cuyo nombre
Es fuente de pureza
Que lava la torpeza
Del frágil corazón,
Tu nombre será el agua
Que el mío purifique,
De cuanto en él radique

Maligna inclinación.

María, luz del cielo,
Cuya brillante esencia
Es luz de toda ciencia
Y del saber raudal,
Tu nombre sea antorcha
Cuyo fulgor ahuyente
De mi acclada mente
La lobreguez letal.

María, cuyo nombre
Es música más suave
Que el cántico del ave
Y que del agua el son,
Tu nombre sea fuente
Do beban su armonía
Mi tosca poesía,
Mi pobre inspiración.

María, á cuyo nombre
La divinal justicia
Al pecador propicia,
Se inclina á perdonar,
Tu nombre sea, cuando
La eternidad se me abra
La última palabra
Que exhale al espirar.

ALCOBENDAS,

EL TABACO Y LOS NIÑOS

La enérgica campaña que se emprendió en los Estados Unidos contra el abuso del tabaco por los niños, y que tan excelentes resultados está dando, empieza á extenderse á otros países, siendo de esperar que sus resultados serán igualmente satisfactorios.

Aquí, en Europa, es donde con más empeño y energía se hace la campaña.

En muchos distritos de Hungría se ha prohibido á los niños menores de quince años llevar tabaco, papel de fumar y cerillas en los bolsillos, bajo la pena de quince días de arresto la primera vez, y treinta días la segunda.

El comerciante de tabaco que lo veada á los niños es castigado con una fuerte multa, y los padres que dejan fumar á sus hijos tienen que pagar cien coronas.

Los maestros de escuela tienen el deber de ejercer una vigilancia extrema sobre los alumnos, y sus descuidos en este punto son objeto, al comprobarse, de severas medidas por parte de las autoridades académicas.

Se confía que con toda esta

serie de disposiciones se evitarán los estragos que el uso, sobre todo el abuso, del tabaco, está haciendo en la infancia.

Y en España ¿no podría hacerse algo en este sentido? ¿No podría fundarse alguna Liga para trabajar en este terreno en nombre de la moralidad y de la higiene?

Aquí tropezaremos con el grave inconveniente de ser la venta del tabaco una renta del Estado; y el Estado, tratándose de recaudar dinero, no nos tiene acostumbrados á grandes escrúpulos. La Lotería es un juego de inmoralidad extrema, y ya se ve como la propaga y explota el Tesoro en beneficio propio.

G. de C.



Brillante resultó la sesión de apologética dada el domingo pasado por los Congregantes Marianos de esta ciudad y presidida por el M. I. Sr. canónigo D. Ramón Soler.

Versó como la anterior sobre la mala prensa. D. Luis Beltrán estuvo feliz en el desarrollo de su tema sobre nuevas orientaciones para combatir la prensa impía: pues fueron en realidad nuevos y clara y sencillamente expuestos los planes que propuso para acabar con el mayor enemigo que tiene la moralidad y el bienestar de las naciones.

No estuvo ménos afortunado el joven D. Antonio Segarra en la exposición de su interesante tema sobre «medios prácticos para combatir el periodismo impío» ¡Ojo! á supiesen los católicos ponerlos en práctica! ¡Cuán pronto desaparecería del mundo el periódico malo, origen de todos los males!

Las humorísticas poesías declamadas por D. Jerónimo Mengual y D. José Vidal proporcionaron al escogido público un buen rato de instructivo esparcimiento.

Los músicos supieron desempeñar tan acertadamente su papel, que fueron repetidas ve-

ces interrumpidos por los bien merecidos aplausos que les tributaba el público. Las *variaciones de clarinete*, sobre todo, estuvieron sublimes.

El diálogo recitado por los Sres. D. José Fayos, D. Jesús Llociá y D. Angel Pérez estuvo tan superior, que no podemos dejar de insertarlo íntegro.

(Sale D. Pascual lentamente y leyendo el «Heraldo de Madrid»).

D. Gil — ¡V. lo pase bien, D. Pascual!

D. P. — ¡Hola, D. Gil! ¿cómo estamos?

D. G. — Muy bien, gracias á Dios; y ¿ustedes?

D. P. — Sin novedad. Dispéñeme caballero que no le haya saludado antes: no le había visto.

D. G. — ¡Claro! Andaba V. tan embebecido en su lectura...

D. P. — Es esto muy frecuente entre las personas ilustradas.

D. G. — Precisamente por eso tengo ménos que dispensar.

D. P. — Muchas gracias; aunque á decir verdad, éste articulejo es capaz de arrebatarse al hombre menos impresionado y calentar al inglés más helado. ¡Cómo pinta á ciertos curritas!

D. G. — ¿Qué diario es ese? y dispense, V. la curiosidad.

D. P. — El Heraldo de Madrid.

D. G. — ¿De veras? D. Pascual, ¿V. lee el Heraldo de Madrid?

D. P. — ¿Y por qué no?

D. G. — ¿No sabe V. que está prohibido por muchos Prelados, como también el Liberal, el Imparcial, la Correspondencia de España, el Diario Universal, España Nueva, el Mundo, el Progreso, el Diluvio, la Publicidad, el Pueblo, y por consiguiente ninguno de éstos puede leerse sin pecado.

D. P. — ¡Ja, ja, ja! ¿Que también se meten en esto los Obispos?

D. G. — ¡Si es ésta una de sus principales obligaciones impuestas por Cristo!

D. P. — ¿La de prohibir periódicos?

D. G. — No precisamente la de prohibir periódicos, sino la de enseñar á los hombres el camino del cielo y guiarlos por él, y mostrarles los peligros que en este camino se encuentran y apartarles de los escollos que podrían impedirles el llegar á su eterna felicidad.

D. P. — Pero, D. Gil ¿no ve V. que esto podrá ser verdad respecto de personas incultas é ignorantes, que no saben distinguir entre el bien y el mal, pero no para las personas ilustradas y de carrera como nosotros?

D. G. — Créame, D. Pascual, á veces hay en los periódicos cosas que pueden perjudicarnos por más carrera é ilustración que tengamos.

D. P. — ¿Y tan niño me supone V., que no sepa yo conocer lo que ha de hacerme bien ó mal?

D. G. — No se alarme, D. Pascual; pues aun allá dice el refrán que más ven cuatro ojos que dos y que puede uno ser muy perito en su carrera y no saber jota en la ajena.

D. P. — Todo eso me parece muy verdad tratándose de oficios y carreras: pero en lo que toca á mí mismo ¿quiere V. que no sepa yo conocer lo que me conviene ó no, y que siga el parecer de otros con respecto á lo que puede hacerme bien ó mal? jamás lo haré: ya no somos niños, D. Gil.

(Oyese un chico que á lo lejos y acercándose va gritando *Honguitos del pinar, Honguitos frescos y tiernos, Honguitos del pinar* y al llegar al escenario le llama)

D. G. — Oye, muchacho, ¿qué traes ahí?

Ch. — Honguitos del pinar, Señorito: ¿cuántos quiere?

D. G. — ¿Querrá V. creer, D. P. que siento verdadera pasión por los hongos?

Ch. — ¿Cuántos quiere, Señorito?

D. P. — Yo... no me muero por los hongos, pero los como con gusto.

Ch. — ¡Anda, pues para V. V. los traigo!

D. G. — Vete á la casa de enfrente y cile á la muchacha de mi parte que te compre un par

de libras.

Ch. — ¡Señorito! cómpreme-los todos. : por los que me quedarán, no vale la pena que vaya chillando y titiritando de frío por esas calles de Dios.

D. P. — ¿Cuántos te quedan chiquito?

Ch. — Si el Señorito me tomá dos libras y V. otro tanto, nada me queda, Señor. Ya terminó mi carrera.

D. P. — Déjalos, pues, todos en la casa del señorito. Luego yo mandaré la muchacha por mi ración. ¿Cuánto he de darte chiquito?

Ch. — Ocho perritas, caballero, que son muy buenos.

D. G. — ¿De veras, son buenos?

Ch. — Mucho, mucho, señorito.

D. P. — ¿No nos darás un mal de tripas, chico?

Ch. — ¡No haya miedo, caballero!

D. G. — ¿Pero tú sabes distinguir los buenos de los malos?

Ch. — ¡Mucho, Señorito!

D. P. — ¿Qué quiere que le diga D. Gil?, mucho me temo...

Ch. — ¿Que yo le engañe?. No, caballero: yo á nadie engaño.

D. P. — No temo que nos engañes; que no tienes cara de eso.

Ch. — Pues ¿qué teme caballero?

D. P. — Que engañándote tú, nos des un reventón.

D. G. — Pero oye, chiquito ¿quien trajo esos hongos del bosque?

Ch. — Yo, señorito.

D. P. — No me fio...

Ch. — Yo los traje, pero mi padre separó los que valían de los que podían ser malos.

D. P. — ¿Que tu padre entiende en eso de hongos?

Ch. — ¡Vaya que entienda!: como que caí todos los que se venden en el mercado, los vendemos nosotros...

D. G. — ¿Como se llama tu padre?

Ch. — Le llaman por apodo el *Dotor*.

D. G. — Le conozco. — Anda, vete.

D. P. — ¿Qué le parece, D. Gil, comeremos hongos ó no?

D. G. — Yo sí; ya le dije que

me gustaban muchísimo.

D. P. — Yo... ¿qué quiere que le diga?... no me atrevo... ¿Si después nos dan un mal rato?

D. G. — Pruébelos por lo ménos.

D. P. — ¿Y si son venenosos?

D. G. — No coma V. más de esta clase.

D. P. — Y entre tanto me quedo con el veneno en el cuerpo ¡eh!

D. G. — Le seré franco, D. Pascual y con su permiso le diré que me maravilla mucho tanto reparo en comer hongos y tanto miedo si serán buenos ó malos y que tenga tan poco reparo en leer cualquier periódico sin saber antes si es ó no malo.

D. P. — Es que un hongo venenoso, que lo son muchos, puede darme un dolor de tripas y aun matarme.

D. G. — Y ¿por ventura un periódico malo, que lo son muchísimos, no puede también hacer un gravísimo daño á su alma y aun quitarle la vida de la misma?

D. P. — Es que si hallo algo que me perjudique en el periódico, ya le dejo.

D. G. — Pues ¿no podría V. también hacer lo mismo con los hongos? Probarlos y si resultan algunos peligrosos, dejarlos.

D. P. — Pero ¡por Dios! no discurra V. de esa manera, D. Gil. ¿Qué saco de tirar los hongos, si ya me han metido el veneno en el cuerpo?

D. G. — Poco más ó ménos lo mismo que saca de tirar el periódico cuando ya le ha infiltrado la mala doctrina en el alma. ¿No es también una verdadera inconsecuencia indigna de la ilustración de V. andar con tanto cuidado y tanta pregunta sobre la bondad de los hongos, y empeñarse en leer sin reparo ni consulta alguna cuantos papeles vengan á sus manos?

D. P. — Es que yo no entiendo en eso de hongos.

D. G. — Y en principios de moral y dogma católico, si exceptua V. los que se rozan con nuestra carrera, ¿es mucho lo

que entendemos los abogados?

D. P. — Algo... algo...

D. G. — Pero poco, poco... y así como por entender poco en cuestión de hongos, aceptamos y agradecemos y seguimos el parecer ajeno, aunque sea de personas inferiores á nosotros en saber y en posición social, ¿no le parece á V., D. Pascual que si bien discurrimos, debemos también agradecer y seguir el parecer de los que nos son superiores en lo tocante á la lectura de los periódicos?

D. P. — Casi, casi me convencerá V. D. Gil: habla V. como un doctor.

D. G. — Y ¿no le parece á V., D. Pascual que, así como sería una verdadera imprudencia probar los hongos, si no nos consta que eran buenos, lo es también el lanzarse á leer un periódico, del cual con razón podamos temer que es malo?

D. P. — ¡Hombre! ¿sabe V. que me gusta, D. Gil, esa comparación de los hongos? para comer hongos, sigues el parecer de otros sobre la bondad de los mismos y ni aun á probarlos te atreves, si no te consta antes de que no son dañosos: haz, pues, lo mismo respecto á los diarios. Me gusta repito, D. Gil, la comparación y le prometo que me servirá su lección.

D. G. — ¡Dios lo quiera, D. Pascual! y V. lo pase muy bien.

D. P. — ¡Hasta la vista, pues!

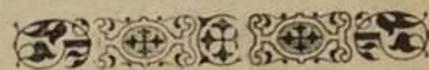
ANTE TODO EL CIELO

Un día Carlos V, llamó á su hijo, y, presentándole una hermosa espada y un libro sagrado, le dijo: — Escoge entre estos dos objetos.

El hijo prefirió el libro, y preguntándole el Rey el motivo de aquella elección, respondió sencillamente:

— Con la espada, padre mio, podré conquistar un reino; mas con la oración podré alcanzar el de los cielos que es más duradero y feliz.

H. P.



Gandía 10 de Febrero 1912
Con licencia de la Autoridad Eclesiástica